

cosa fija. Solo si le aseguraron que hacia ya dos años que no habia vuelto á Portugal, y por algunos indicios, frutos de una infinidad de pesquisas, se persuadió que su padre se hallaba en Inglaterra ó en Rusia. Sabia Alfonso que Thelismar debia ir á Inglaterra á tratar asuntos propios; por lo que al salir de Portugal tuvo el consuelo de creer que no estaria mucho tiempo en Francia, y que iria en compañía de Thelismar y Dalinda á un país en el cual se lisonjeaba que encontraria á su padre.

Antes de llegar á Francia Thelismar hizo prometer á su alumno que ocultaria con cuidado á Dalinda su amor y esperanzas. Ahora vas á viajar en compañía de Dalinda, le dijo, sabes muy bien, Alfonso, que el deseo que reina en mi corazon es el de unir con un nudo sagrado dos personas que casi amo igualmente; pero bien sabes que no puedes disponer de tí mismo sin el consentimiento de tu padre; y aunque no dudo que te le conceda, sin embargo, como no es imposible que pueda oponerse... — ¡Oh cielos! ¿Qué dice Vd.? — Si yo te presentase á Dalinda á título del esposo que le destino, desde luego comenzaria á tenerte inclinacion, por lo cual seria muy mal hecho exponernos, en medio de la incertidumbre en que nos hallamos, á turbar su reposo... — ¿Yo, yo inquietarla y afligirla? ¡Ah! Mas quisiera no volver á verla en mi vida... pero estoy cierto de que mi padre vendrá en ello con sumo gusto... — Mas en fin puede no querer... — Pues qué, ¿será capaz mi padre de pronunciar la sentencia de mi muerte? — No, Alfonso, ó he perdido todo cuanto he trabajado por tí, ó espero que tolerarias con valor este contratiempo : ¿y qué desgracia es capaz de abatirnos, cuando conservamos la virtud, y poseemos un amigo verdadero? — Ah Thelismar... Vd. será siempre el árbitro soberano de mi suerte... Vd. dispone á su arbitrio de mis acciones, opiniones y sentimientos. La razon, la virtud, el agradecimiento y la amistad le aseguran á Vd. que jamas perderá el dominio que tiene sobre mí; sí, yo prometo cumplir exactamente la ley que Vd. me impone : veré á Dalinda, y callaré... No obstante, ¡qué esfuerzo tan violento!... pero ¿puedo dudar que soy capaz de él cuando Vd. me lo manda?

Inmediatamente que llegaron á Burdeos se pusieron en camino. El carruaje se quebró á treinta leguas de Paris, y se vieron precisados á detenerse allí. Thelismar escribió á su mujer diciéndola que llegaria á Paris sin falta alguna el dia siguiente á las cinco de la

tarde, y dió la carta á un correo que marchaba en el mismo instante. Antes de ser de dia tomaron la posta para Paris. Al amanecer, Alfonso, loco de contento, abrazó á Thelismar, diciéndole : ¡Qué dia tan hermoso! ántes que se acabe veré á Dalinda. — Acuérdate de lo que me has prometido, y ten mucho cuidado en los primeros instantes que la veas... — No tema Vd., y cuente con mi prudencia. — Sí, pero no te fies mucho, y si quieres creerme, modera desde ahora ese gozo y el exceso de alegría que dentro de algunas horas tendrás que ocultar enteramente. Hablemos de otras cosas... — ¿Y cómo podré? — No lo dudes. Si deseas conseguir un dominio entero sobre tí mismo, acostúmbrate á disponer á tu albedrío de tu imaginacion, y apartar de ella cualquiera idea, sea la que fuere. — Pero con tal que mi proceder sea juicioso, nada importa que mis pensamientos se ocupen en una cosa ú otra. — ¿Y cómo es posible que dé pruebas de valor el que habitualmente es débil y pusilánime? Cualquiera que se deja dominar de su imaginacion, que no tiene medios para desechar un recuerdo peligroso, ni distraerse de una idea que le agrada, nunca será capaz de poder consultar la razon para obrar con acierto en cualquiera circunstancia. Hay dos clases de ideas : las unas que se presentan espontáneamente á nuestra imaginacion, y las otras son aquellas que la ciencia y reflexion nos sugieren. Las primeras casi siempre son vanas ó peligrosas, y son fruto de nuestras pasiones, de nuestras sensaciones, y de aquellos objetos que nos hacen mas impresion; aquel que nunca desecha ó aparta de sí esta clase de ideas deja de ser libre, puesto que renuncia á la facultad de elegir sus pensamientos; en este caso el que tiene las pasiones fogosas se extravía, y el que no, vive á medias. No es menester, pues, detenerse en un pensamiento, solo porque nos es grato, ó porque nace de un objeto presente; ántes bien se debe desechar si es fútil ó reprehensible : finalmente debemos elegir los asuntos de meditacion, y encaminar nuestra eleccion á objetos útiles. Cuando hablamos es en beneficio de otros, y por tanto hemos de procurar que nuestra conversacion sea agradable; pero la facultad intelectual nos ha sido dada para perfeccionar nuestro entendimiento y corazon : por lo cual, cuando paramos la imaginacion en cosas poco dignas de ocuparla, pervertimos el uso de esta facultad tan noble, y tambien se puede afirmar que los pensamientos ocultos de un sabio son aun mas puros y sublimes que sus discursos

y documentos. Calló Thelismar, y Alfonso dando un suspiro calló tambien algun tiempo, y despues haciendo un esfuerzo comenzó á hablar : Thelismar sacó la conversacion de sus viajes, é hizo una recapitulacion de cuanto en ellos habia visto Alfonso, el cual le escuchó con mucho gusto, y por fin hablaron de Fisica y de Química. ¡Qué feliz es Vd.! le decia á Thelismar. No hay cosa que Vd. ignore, y es imposible que nada le parezca ya nuevo y le cause admiracion. — ¡Qué engañado estás! Los cielos, la tierra, todo cuanto nos rodea, el universo en fin, es obra de un Ser Supremo, y un libro eterno en donde el hombre hallará siempre hasta el fin de los tiempos objetos nuevos, y secretos impenetrables : en cada siglo descubrirá sublimes misterios, sin que por eso pueda llegar jamas á conocerlos todos. Con esta conversacion se iban acercando á Paris, y á breve rato cesaron los dos de hablar igualmente conmovidos. Despues de un gran rato de silencio : Confiese Vd., dijo Alfonso á Thelismar, que en este instante no elige Vd. sus pensamientos, y que se ve precisado á detenerse en el que se presenta naturalmente... Á este tiempo el postillon gritó á Thelismar que se notaba en el aire una cosa muy extraña. Sacó Thelismar la cabeza por la portezuela, y vió en efecto en medio de las nubes hácia Paris un cuerpo opaco y redondo, que parecia se iba acercando poco á poco á la pradera. Admirado Thelismar consideraba atentamente este fenómeno, creciendo su asombro al ver que aquel cuerpo se aumentaba y se volvia luminoso : viendo que el postillon asustado habia detenido los caballos, se bajó de la silla para examinarlo mejor. Hallábanse á la sazón en una pradera deliciosa á seis leguas de Paris. Entre tanto el bulto del globo de fuego iba creciendo por momentos. Este, decia Alfonso, es un metéoro semejante con corta diferencia al que yo vi en España en las inmediaciones de Loja. — No es un metéoro, replicó Thelismar. — ¿Pues qué será? — No lo alcanzo... Cada vez se acerca mas; mira que resplandeciente está ahora... ¿Tienes ahí tu antejo? — Sí, Señor. — Pues dámelo. Diciendo esto coge Thelismar el antejo que Alfonso le presenta, y volviendo á mirar aquel globo, exclama : Es increíble lo que veo; me parece que distingo en la parte inferior de ese globo una especie de barco... no hay duda, esto será una ilusion... toma, mirale tú tambien. Vuelve Alfonso á tomar el antejo, y grita diciendo : Veo un hombre. — Ya está todo explicado, dijo Thelismar

dando una carcajada; este es sin duda el escita Abaris que va de viaje<sup>1</sup>. — No extraño su incredulidad de Vd., replicó Alfonso, porque yo que lo estoy viendo apénas puedo creerlo... pero aun hay mas... ¡Dios mio, qué encanto es este!... Ahora veo claramente dos personas. Al acabar estas palabras se estriega los ojos... se le cae el



antejo de las manos, y mira á Thelismar, el cual inmóvil y atónito habia enmudecido. Algunos minutos despues el globo, que cada vez se acercaba mas, se dejó ver encima de la pradera. Ya no puedo dudarle, exclamó Thelismar, ese globo de oro y púrpura contiene en sí almas vivientes... ya los veo... ¡Oh prodigio incomprendible que confunde la razon! ¡Triunfo feliz del valor y de la industria!... ¿Es posible que el cielo haya permitido al hombre que se atreva á poner ese inmenso espacio entre él y el elemento de que fué formado, y en cuyo seno la naturaleza ha colocado su sepulcro?... De

<sup>1</sup> Segun los Griegos, Apolo habia dado al filósofo escita Abaris una flecha, sobre la cual iba volando por los aires.

este modo hablaba Thelismar cuando el globo que se paseaba por los aires empezó á bajar majestuosamente : entónces distinguen en el carro resplandeciente que pendia del globo dos figuras celestiales, dos mujeres : la una tiene la belleza noble y venerable de Juno ó de Minerva, la otra vestida de blanco y coronada de rosas se parece á la Aurora ó la diosa de las flores y de la primavera. Arrójase Alfonso hácia el globo; los violentos latidos de su corazon le obligan á detenerse... ¡No, no es posible, exclama, que estas sean criaturas mortales!... ya se acercan... se abrazan... ¡Ah! no hay duda; estas son la virtud y la inocencia que desde el cielo bajan á la tierra para volvernos la edad de oro... Pero ¡gran Dios! ¿qué nueva ilusion es esta?... ¡Oh Dalinda! Esa jóven deidad para encantarnos mejor ha tomado tu figura... Apenas creo lo que veo... pero mi corazon no puede engañarme... no hay duda, es Dalinda, ella misma... Enajenado Alfonso, llama á voces á Thelismar. En aquel instante el globo y el carro tocan á la tierra. Thelismar da un grito penetrante : pálido, temblando, enajenado de alegría, y al mismo tiempo helado de asombro y pasmo apresura el paso. Las dos deidades le salen corriendo al encuentro, y se arrojan en sus brazos. Alfonso fuera de sí llega tambien apresurado, no se atreve á arrojarle á los piés de Dalinda; y el exceso de su turbacion y sobresalto le obliga á apoyarse contra un árbol, porque sus piernas trémulas no podian sostenerle. En el primer arrebato de una alegría tan viva é impensada se olvidó el globo mágico, el carro y todo aquel prodigio; no veia Thelismar mas que á su mujer é hija, y su curiosidad estaba suspensa en fuerza del amor superior á todos los encantamientos. Alfonso, aunque testigo de esta dulce reunion, estaba bien léjos de disfrutar de un gozo sin mezcla de dolor; porque aunque contemplaba como encantado á Dalinda, aunque disfrutaba del delicioso placer de oír lo que hablaba, y decir á Thelismar las expresiones mas tiernas y cariñosas que el afecto de hija podia inspirarla, esta misma escena tan dulce y deliciosa le traia á la memoria el recuerdo de su padre, y conocia que un solo remordimiento basta para emponzoñar la felicidad mas pura. Pasada aquella primera alegría se siguió la admiracion y curiosidad, y Thelismar hizo várias preguntas á Dalinda y á su madre acerca del maravilloso modo con que habian salido á recibirle. Ellas le respondieron que no se habian servido del *globo aerostático* sino

despues de haber visto várias experiencias que eran prueba del ningun peligro que habia en él : que sabiendo el dia de su llegada, y teniendo ademas el aire favorable, no habian podido resistir al deseo de causarle una admiracion que por otro lado adelantaba el instante de verle, y que estando alojadas en casa de un fisico que tenia un globo pronto, habian aprovechado con ánsia una ocasion tan favorable para volar á los brazos de un esposo y de un padre tan amado. Despues de esta corta explicacion se acercaron al globo para examinarlo, y la mujer de Thelismar hizo en breves palabras una agradable descripcion de las experiencias hechas en los jardines del Palacio de las *Tullerías*. Enterneciósese Thelismar al oír el entusiasmo general producido por estas sublimes experiencias y la admiracion que toda la nacion tributaba al inmortal autor de este descubrimiento y á los ilustres físicos á cuyo heroico valor debia la Francia aquel espectáculo tan nuevo y tan pomposo. Supo asimismo Thelismar que todos los sabios participaban del entusiasmo bien fundado de la nacion. Extrañó Alfonso que la triste y negra emulacion no hubiese emponzoñado el triunfo del autor de un descubrimiento tan brillante. Con un poco de reflexion no lo extrañarás, replicó Thelismar : siempre se recibe con gusto la luz que puede guiar al fin que cada uno se propone; considera que un fisico ó un químico cuando hace algun descubrimiento abre un nuevo camino á todos los sabios, y les da asunto para un sinfin de especulaciones útiles y curiosas, como tambien para muchas ideas nuevas, y finalmente les proporciona nuevos medios para distinguirse y adquirir fama. Y así léjos de procurar disminuir el mérito de la primera invencion, solo emplean su talento y estudio en hacerla mas útil, y por consiguiente mas gloriosa. Despues de esta breve digresion se pasaron un rato por la pradera, y despues continuaron su viaje hasta Paris.

Poco tiempo se detuvo Thelismar en esta capital, y marchó sin tardanza con toda su familia y Alfonso á Inglaterra. En todo el tiempo que estuvieron en Lóndres no pudieron adquirir noticia alguna de don Ramiro, y pasaron al condado de Darby. Luego que llegaron á Buxton, Thelismar los llevó á dar un paseo, diciéndoles que iba á enseñarles una fuente, que por las virtudes fabulosas que se le atribuian, deberia colocarse mas bien en Sicilia ó en Grecia que en aquella provincia. Afirman que sus aguas no corren sino

para los corazones constantes, y que todo amante que ha cometido alguna ligera infidelidad no puede beber de ellas, porque al instante que se acerca se detienen. Há mucho tiempo que he oido contar esta patraña, cuyo asunto me hace acordar de la fuente Acadina, y de la historia de Argyro. Á este tiempo los que guiaban á Thelismar le hablaron en inglés, lengua que Alfonso no entendia. Me dicen, prosiguió Thelismar, que estamos á cien pasos de la fuente, pero como la senda que va á ella está llena de zarzas y de piedras, van á adelantarse para facilitarnos el camino; entre tanto descansenos un rato á la sombra de estos árboles, que ya nos llamarán luego que hayan limpiado la senda. Hiciéronlo así, y al cabo de medio cuarto de hora los avisaron y llegaron á la fuente. Voy, dijo riendo Thelismar á su mujer, á darte una prueba de mi fidelidad, de la cual espero que nunca habrás dudado; además que esta hermosa fuente tan clara y abundante convida á beber, y así consiento gustoso en sufrir la prueba de una constancia perfecta. Diciendo esto se acercó á la fuente y bebió dos ó tres veces. ¡Que digan ahora, exclamó despues de haber bebido, que los hombres son inconstantes! Ya habéis visto... ¿Y tú, Alfonso, prosiguió, no tienes sed? — No señor, respondió éste sonriéndose; no obstante, no tengo reparo alguno en beber. — Ea, pues, llégate. Al tiempo que Alfonso iba á bajarse para beber, le detuvo Thelismar diciéndole al oído: ¿Cómo tienes cara para exponerte á esta prueba? Acuérdate de la Grecia y de aquella Zoe... — ¡Ah Thelismar, que cruel es Vd.!... — En fin, ya te has empeñado aunque temerariamente, y no es tiempo de decirte, es preciso que bebas. En tanto que hablaban se habia acercado Dalinda, y temiendo Alfonso no oyese las chanzas de Thelismar, se determinó á beber, se inclina, aplica la boca al caño; pero en aquel mismo instante se detiene el agua y deja de correr. Confundido Alfonso y fuera de sí se queda inmóvil sin hablar palabra. Dalinda se puso colorada sonriéndose con algun género de empacho, y Thelismar callando los contemplaba maliciosamente. En fin, tomando la palabra y hablando con Alfonso, le dijo: Huye, profano, huye lejos de esta agua sagrada. — Esta fuente debe de ser artificial precisamente; pues si no, era imposible... — Te afirmo que es muy natural... — Á lo ménos lo parece; pero Vd. que tiene tantos secretos maravillosos, tendrá seguramente alguno para detener cuando quiere el agua de las fuentes. — ¡En efecto, sería un secreto

estupendo!... — Le he visto á Vd. hacer otras muchas cosas tan prodigiosas... — Sin embargo, esta excede los límites de mi poder: te afirmo que no tengo influencia alguna en esta fuente, y que el prodigio que te admira es enteramente efecto de la naturaleza. Esta noche procuraré explicarte este fenómeno; entre tanto cédeme el puesto, que como tengo la conciencia limpia le ocupo sin temor, á pesar de la desgracia que te ha sucedido. Repara y verás como ahora vuelve á correr el agua... En efecto, al irse á llegar brotó con ímpetu, y despues de haber gozado algun tiempo de su triunfo, tomó á Alfonso del brazo, y todos juntos se apartaron de aquella fuente maravillosa<sup>1</sup>.

No era ya Alfonso tan ignorante que creyese haber algun encanto en aquella fuente; al contrario, á fuerza de pensar en ello, adivinó poco mas ó ménos la causa de un efecto tan singular; pero las chanzas de Thelismar le habian turbado de manera, que en todo el tiempo del paseo no pudo volver en sí. Thelismar fingió que no hacia alto en su tristeza y distraccion, y por la noche luego que estuvieron solos: ¿Has notado, le dijo, que colorada se puso Dalinda al ver que la fuente se detuvo cuando tú ibas á beber? Aquella turbacion, efecto del primer movimiento, me hace temer que tiene algunas sospechas de nuestros proyectos, y para desvanecerlas le he dicho... — ¡Oh cielos! ¿Y qué le ha dicho Vd.? — Le he contado que tienes una inclinacion que yo sé; le he dicho en fin que amabas á una hermosísima portuguesa. — ¡Ah Thelismar! ¿Es posible?... — He mezclado la verdad con la mentira, diciéndole que una hermosa doncella griega te habia causado alguna distraccion, y que por eso habia imaginado la burla de la fuente... — ¡Ay Dios mio!... ¿Y qué ha dicho Dalinda? — Me ha hecho una pregunta muy extraña: ha querido saber el nombre de aquella griega, y yo he nombrado buenamente á Zoe... — ¿Es posible, Thelismar, que haya Vd. tenido la crueldad!... — ¿Cómo crueldad? Te aseguro que Dalinda me ha escuchado sin turbacion ni pesar, solo me ha parecido que me oia atentamente, y que lo extrañaba algo... — Ah, no dudaba yo de su indiferencia... En vez de llamarle á Vd. cruel,

<sup>1</sup> Thelismar sabia que esta fuente solamente corró todos los cuartos de hora; así es que contando con atencion los minutos en su reloj, sin que Alfonso lo advirtiese, aprovechaba exactamente los instantes en que la fuente paraba y volvía á correr, como sucede en todas las fuentes intermitentes.

no debo quejarme sino de mi desgracia... — Eso es no ser consecuente, Alfonso : ya sabes que hemos convenido en que Dalinda no debia sospechar cosa alguna de nuestro trato... — Sí, me ha mandado Vd. que le oculte mi amor... — Y hasta ahora estoy muy contento de tu obediencia. — ¡ Ah ! si Vd. supiese cuán doloroso es el esfuerzo que me cuesta !... cuando me obligué á un silencio tan cruel, aun no conocia del todo á Dalinda. Hace ya dos meses que la oigo y la veo á cada instante, Vd. me ha permitido aspirar á su mano, y con todo me obliga á callar ! — Es cierto que te la he prometido, pero con condicion de que sabrás merecer todo mi aprecio. El esposo de Dalinda no ha de ser un hombre comun... — Si para aspirar á ese título es preciso ser digno de ella, ¿quién será capaz de merecerla? Perdone Vd., oh Thelismar, mis quejas imprudentes. No puedo merecer el precio que Vd. se ha dignado prometerme; pero á lo ménos para alcanzarlo haré gustoso cualquier sacrificio : ¿mande Vd., dígame qué quiere que haga? — Tan solamente una cosa, esta es que tengas un imperio absoluto sobre ti mismo. — De nuevo le prometo á Vd. ocultar á Dalinda el amor que me abrasa, y que cada vez que la veo se aumenta al parecer, porque en realidad há mucho que no puede ser mayor... — Eso no basta : Dalinda tiene talento y penetracion; ella ve el amor que te tengo, y si no te cree amante de otra, no tardará en sospechar la verdad. Por lo cual es preciso que me jures no decir delante de ella palabra alguna que pueda disuadirla de la idea de que amas en Portugal... — Pues qué ¿quiere Vd. que la engañe? — No por cierto; bien puedes discurrir que ella no te preguntará nada, y así no te verás apurado para disfrazar la verdad acerca de este punto. Ya te he confiado cuanto á ella le he dicho; no te pido mas sino que no me descubras, y que no destruyas con razones indirectas la opinion que le he infundido de ti... — Dalinda imagina que yo amo, y que amo á otra : ¡ oh cielos !... — Deja que lo crea : yo lo pido, y espero que lo harás... — ¡ Obedeceré, pero me despedaza Vd. el corazon !... — ¡ Qué expresion tan exagerada ! ¿ Acaso por eso podrá pensar Dalinda que eres inconstante ó falso? Lo que yo te mando no puede disminuir la estimacion que te tiene, ese exceso de dolor no es, pues, otra cosa mas que flaqueza. Á estas palabras no pudo Alfonso reprimir sus lágrimas, Thelismar le abrazó, y al punto mudó de conversacion.

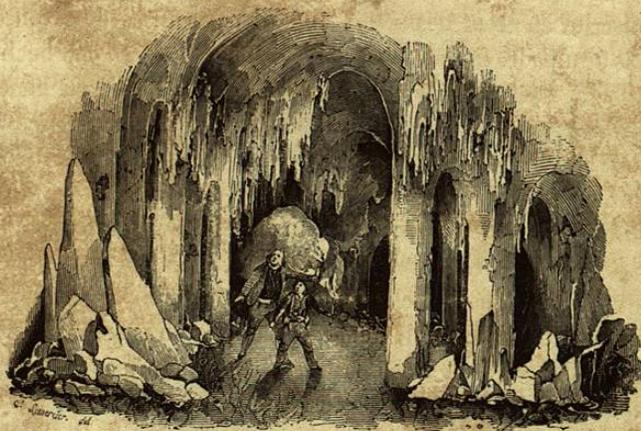
Al salir de Buxton Thelismar acompañó á su mujer é hija hasta las fronteras de Escocia. Allí se separaron. Dalinda y su madre tomaron el camino de Edimburgo. Se convino en que irian á Escocia á casa de un pariente, antiguo bienhechor de la mujer de Thelismar, y que las esperaba con impaciencia; que en este tiempo Thelismar y Alfonso harian el viaje de Islanda. Esta separacion fué tanto mas cruel para Alfonso, cuanto dejaba á Dalinda persuadida de su indiferencia, y al apartarse de ella le era preciso violentarse ocultando el dolor que le oprimia. Se portó en esta ocasion con tanto valor y entereza, que apenas pudo creerlo Thelismar : temiendo manifestar su interior, apenas se atrevió á mirar á Dalinda, y á decirle cuando se despidió lo puramente indispensable que la buena crianza exige en tales casos.

Luego que se halló solo con su amigo empezó á lamentarse; pero las alabanzas y elogios de Thelismar le consolaron en breve. Se embarcaron, y habiendo llegado á Islanda fueron á Skalhot y de allí á Geizer. Lo primero que admiraron en aquellos parajes desiertos é incultos fué una cascada natural de una elevacion prodigiosa; pero otro espectáculo mas nuevo fijó toda su atencion. Vuelve los ojos á esta parte, dijo Thelismar, y mira aquellas soberbias columnas de rubíes, de marfil y de cristal que adornan esa inmensa llanura... se vuelve Alfonso, y advierte que en la extension de un vasto terreno lleno de barrancos y peñascos, se levantan en el aire una multitud de chorros de agua de diversos colores á distancias y alturas desiguales : los unos eran de color encarnado pero muy vivo, otros de una blancura que deslumbraba, algunos de agua pura y cristalina, y casi todos llegaban al parecer hasta las nubes. No se cansaban Alfonso y Thelismar de contemplar aquel espectáculo tan hermoso; asimismo admiraron en esta misma isla otros varios fenómenos igualmente curiosos, y despues de haber visto todas las curiosidades de la Islanda, se volvieron á embarcar, y dieron la vuelta á Inglaterra. Volvió Alfonso á ver á Dalinda, y con su vista olvidó todos los pesares de la ausencia; pero la penosa atencion que tenia que emplear para ocultar su alegría, se la hacia mucho menor. Salió Thelismar de Inglaterra, y se embarcó con inexplicable gusto para ir á Suecia. Despues de tantos trabajos y largos viajes, consiguió por fin la felicidad de volverse á ver en su patria en medio de su familia y amigos. Tuvo el placer de volver á ver á aquel virtuoso

Zulaski, en cuya casa se habia alojado en las islas Terceras, y que habia sido arrebatada tan milagrosamente al medio del mar. Supo Thelismar con indecible gozo, que la piedad filial de aquel buen hijo le habia hecho el objeto de la admiracion pública : que su soberano le habia llenado de beneficios, que para colmo de sus dichas la persona á quien amaba le habia sido fiel, que en fin se habia casado con ella, y era enteramente feliz. Deseoso Thelismar de contemplarle en medio de su familia fué á visitarle ; le halló sentado entre su padre y esposa, y teniendo en sus brazos á su hijo apenas de edad de dos años. ¡Oh Zulaski! le dijo Thelismar, ¿qué dicha puede compararse á la de Vd.? Esta esposa, ese niño que Vd. ama, su fortuna, su reputacion, todos los placeres que ahora disfruta, su gloria y felicidad, todo lo debe á la virtud. Esta felicidad es tanto mas pura, cuanto no puede excitar la envidia de nadie ; las prendas del entendimiento envidiadas de todos, hacen que el que las posee tenga mas enemigos que admiradores, pero las que nacen del corazon, consiguen una aprobacion general. ¡Y qué no debe Vd. esperar de ese hijo, tierno objeto de sus mas lisonjeras esperanzas ! Para hacerle conocer la extension de las sagradas leyes de la naturaleza, y para hacerle digno de su padre, no hay mas que referirle su historia de Vd.

Alfonso cada vez mas devorado de inquietudes acerca del destino de su padre, y conservando todavía la esperanza de encontrarle en Rusia, declaró á Thelismar que estaba resuelto á emprender el viaje de Petersburgo. Conociendo Thelismar cuán grande sería el dolor de Alfonso si este último paso saliese vano, no quiso abandonarle, y marchó con él. Hallaron en Petersburgo á Federico, aquel antiguo amigo de Thelismar que habian visto en la isla de Polican-dro. Parece que estoy nombrado, les dijo Federico, para hacer ver á Vds. y ver en su compañía cosas extraordinarias. Si quieren acompañarme los llevaré á un palacio de cristal... Ya sabemos, interrumpió Alfonso, que Vd. da ese nombre á una cueva formada por la naturaleza. Pues esta vez á lo ménos, replicó Federico, no es un modo de hablar, porque van Vds. á ver un verdadero palacio de cristal, construido por mano de hombres, y segun las reglas de arquitectura mas perfectas. No bastó esto para persuadir á Alfonso, y Federico para hacérselo creer se encaminó con ellos á aquel maravilloso palacio. Luego que lo vieron, prorumpió Alfonso en una ex-

clamacion de espanto al ver con efecto un palacio trasparente construido con mucho primor, y compuesto al parecer de cristales de varios colores. Acerquémonos, dijo Federico, su admiracion de Vd. empieza ahora : vea Vd. con cuidado esa batería de cañones. ¡Qué veo, exclamó Alfonso, cañones de cristal!... En aquel mismo instante oyeron un golpe de música soberbio. Esta armonía, pro-sigió Federico, sale del palacio encantado : la entrada está franca. ¿Tendrá Vd. valor para entrar en un sitio que no puede tener otros habitantes sino encantadores? Seguramente, respondió Alfonso, estoy ya muy familiarizado con los encantamientos para temerlos. Diciendo esto atravesó los brillantes pórticos del palacio, y guiado por los dulces ecos de una música celeste, llegó á un magnífico salon, cuyas columnas y paredes compuestas de lo mismo que lo demas del palacio, estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas. Varias arañas de cristal colocadas en los ángulos del salon estaban



cubiertas de un sinnúmero de luces, que reflejando por todos lados, producian una claridad que deslumbraba ; pero lo que mas golpe dió á Alfonso fué la hermosura de las damas que halló en aquel palacio encantado. Fácilmente creyó que eran deidades : sus vestidos eran semejantes, con corta diferencia, á aquellos con que nos pintan á Calipso ó á las ninfas de Diana, ó ya como el de Aretusa ó el de la hermosa Atalanta. Los adornos que llevaban se componian de mantos de armiño y martas sujetos con broches de diamantes, y en

este traje su belleza y gracias ofuscaban el resplandor de la brillante mansion que habitaban.

Antes de salir Alfonso del palacio supo finalmente de qué materia estaba compuesto. Supo que los hielos del rio Neva habian suministrado los materiales para su construccion. ¿Pues cómo, mamá, exclamó César, un palacio de hielo?... ¿Es posible que esto sea verdad? — No tienes que dudarle... — ¿Pues cómo no se derretia estando lleno de luces?... ¿de dónde han podido sacar un hielo tan grueso, y en tanta cantidad para construirlo? Ademas que Vd. nos ha dicho que aquel hielo era de varios colores... — Mi nota responde á todas tus preguntas...<sup>1</sup> — Razon tenia Vd., mamá, en asegurar que no hay cuento de encantadores tan maravilloso como el de Vd.; pero prosigale si gusta que ya no la interrumpiremos mas. — Es ya muy tarde, replicó la Marquesa, mañana daremos fin á la historia de Alfonso.

Al dia siguiente prosiguió Madama de Clemira la lectura de su manuscrito en estos términos: Todas las pesquisas de Alfonso relativas á su padre fueron tan inútiles, como las que habia hecho en Inglaterra. Oprimido de dolor halló en el afecto de su generoso bienhechor los únicos consuelos de que era capaz entónces. No puedes, le dijo Thelismar, casarte sin el consentimiento de tu padre: tu obligacion y las leyes te lo prohiben; es preciso, querido Alfonso, que te sujetes con valor á tu destino. Has hecho de tu parte todo lo posible para encontrar á tu padre; ahora es preciso que esperes con resignacion el tiempo en que las leyes te permiten disponer de ti mismo. Desde aquí á entónces estarás separado de Dalinda, y no la volverás á ver hasta que recibas su mano. Todo este tiempo lo pasarás en Suecia en una casa mia, en donde yo viví ántes de mis viajes: ahora voy á llevarte á ella. Te dejaré solo, y volveré á Stokolmo con mi familia. Estaremos separados, es verdad; pero á lo ménos viviremos en el mismo país, con la certeza de juntarnos para siempre dentro de dos años. — ¡Ah, dijo Alfonso, qué destierro!

<sup>1</sup> Durante el riguroso invierno de 1740 construyeron en San Petersburgo, segun las reglas de la mas primorosa arquitectura, un palacio de hielo de cincuenta y dos piés y medio de largo, sobre diez y seis y medio de ancho con veinte de altura. El Neva, rio inmediato, en el cual el hielo tenia dos ó tres piés de grueso, habia suministrado los materiales. Al paso que se sacaban los pedazos de hielo del rio, se labraban y adornaban con dibujos, y despues de colocados se regaban por un lado con aguas de diversos colores.

¡qué separacion! ¡Á lo ménos si Dalinda supiese mi amor! ¡Si á lo ménos tuviese yo el consuelo de merecer su compasion!... En fin, me someto á todo: ¡ojalá las penas que voy á padecer fuesen parte para que expie las culpas de mi juventud! ¡Quiera el cielo movido de mi arrepentimiento volverme un padre que me ha costado tantas lágrimas!

Thelismar salió inmediatamente de Petersburgo, y condujo á Alfonso al retiro que le habia destinado: era este un antiguo palacio situado en un despoblado en las inmediaciones de Salseberitz. ¡Con que esta es, dijo Alfonso, la soledad en donde debo pasar dos años! Á no ser por el cruel recuerdo de mis culpas y de mi padre, toleraria con valor este riguroso destierro: ¡pero solo, sin mas compañía que mis remordimientos!... — Conserva este justo arrepentimiento; pero no te dejes abatir de la tristeza: emplea el tiempo de tu retiro en perfeccionar los conocimientos cuyos principios he procurado enseñarte. Bien debes acordarte que en otro tiempo te prometí un *tesoro* que ahora estás en estado de apreciar. Repara en aquel estante: aquella es, querido Alfonso mio, la obra inmortal que acabará de manifestarte los secretos de la naturaleza<sup>1</sup>. Algunos dias estaré en tu compañía; en este tiempo visitaremos juntos estas inmediaciones, y hallarás en ellas objetos dignos de excitar tu curiosidad.

Al dia siguiente Thelismar y el triste Alfonso tomaron un coche muy de mañana: Thelismar le prometió un paseo divertido, pero Alfonso estaba demasadamente oprimido de su pesar para creer hallar algun motivo de distraccion. Despues de haber caminado cerca de tres millas, llegaron á un sitio árido é inculto, rodeado por todas partes de ásperas montañas: Apeémonos, dijo Thelismar, y prosiguió: Si no conociese, Alfonso, lo animoso que eres, no te hubiera traído á este desierto, porque vamos á emprender una aventura harto peligrosa. ¿No adviertes entre esos peñascos varias simas? Pues ahora vamos á bajar por ellas hasta el centro de la tierra. Al acabar Thelismar estas palabras se acercaron á ellos dos hombres de horrible aspecto. Estaban envueltos en unas largas túnicas de color oscuro: tenian los brazos desnudos, y cada uno su hacha de viento encendida. Estas son nuestras guías, dijo Thelismar: es preciso ahora separarnos, abajo nos volveremos á ver.

<sup>1</sup> La Historia Natural del conde de Buffon.